

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificación



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificación

Microrrelatos

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

PAOLA TENA
paolatenar@gmail.com

Número 8 pp. 180-182
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

El cesto de fruta

Cada día, cuando entra a limpiar, la doncella encuentra las frutas del cesto un poco más podridas. Los higos reventados, la mancha marrón y blanda expandiéndose a través de la piel antes turgente de la manzana, las hojas cada vez más mustias pendiendo de los tallos resecos. Las otras criadas no le creen y la apartan con rudeza mientras suben una tras otra las palanganas llenas de agua caliente y paños limpios que ordenó el médico. El cesto de frutas es solo un trampantojo que el señor Merisi de Caravaggio pintó con maestría en el despacho del palacio, justo el día en que Federico Borromeo –cardenal de Milán– se desgarró el muslo izquierdo de arriba abajo con la lanza de cacería, y sin embargo a ella esas frutas le parecen investidas de una realidad obscena y horrorosa.

Una mañana encuentra varias uvas desperdigadas en la alfombra, que por la caída han terminado de reventar en su efervescencia de putrefacción, y un hedor entre dulzón y agrio satura el aire mientras en la planta de arriba el médico declara la urgencia de amputar la extremidad completa para detener la infección. Dos días después, el cesto de las frutas está repleto de moscas zumbonas que la criada espanta con el paño, y al abrir la ventana para expulsarlas escucha las campanas de la iglesia de San Mateo llamando a misa de difuntos por el alma del santo cardenal que ha perecido en la madrugada, víctima de la gangrena.

Capilla Sixtina

Ahora ya vestido, se da cuenta de que es cierto lo que le dijeron los ángeles: no es lo mismo. Pasea de noche por las calles del Vaticano embutido en pantalones pitillo, la camisa de seda negra abierta hasta medio pecho como un gigoló; enamora a las monjas trasnochadas, bebe *grappa* a morro en los bares de los barrios bajos y discute de teología con los turistas. Pero no es igual que en las fiestas nocturnas de la Capilla Sixtina: cientos de cuerpos semidesnudos contoneándose al son de las arpas y las cítaras, rizos de cabello, sudor y telas vaporosas apenas cubriendo los torsos magníficos. Cuando vuelve de madrugada a la Capilla se quita esa ropa ridícula y la oculta dentro de un hueco invisible en el muro, sube al techo y en un acto de reconciliación, toca la punta del dedo de su enfurecido Padre, el único que nunca baja de su pedestal a gozar un poquito la vida.